

LUIS XVI.

(EXTRACTO FORMADO POR M. A. FOUQUIER, TRADUCIDO LIBREMENTE AL CASTELLANO.)

Al dar cabida en nuestro cuadro al gran proceso político con el cual inauguró su existencia la República francesa y que terminó con la sentencia del jefe de la familia real y de varios de sus individuos, no tenemos la pretension de escribir de nuevo la historia de la Revolucion Francesa. Nos limitaremos, para no salir de las condiciones generales de nuestra obra, á repetir las circunstancias del episodio judicial.

Sin embargo, no habiendo sido este proceso en el fondo sino la conclusion de una lucha desigual entre la monarquía espirante y el espíritu de los tiempos modernos, preciso nos será recordar los principales incidentes que precedieron á la derrota de la monarquía y al sacrificio de su jefe. Lo haremos lo mas sucintamente que nos sea posible y no insistiremos particularmente sino sobre los hechos que han de servir de pretexto para el asesinato jurídico.

Respecto al crimen político del 21 de enero de 1793, seremos sobrios en reflexiones. La conciencia general ha dado hoy á este acto su verdadero nombre, y á medida que los autores se han ido alejando en la perspectiva histórica, aun con las pasiones que los animaron, ha disminuido el número de aquellos hombres que con la mejor buena fe posible creian, no hace aun mucho tiempo, ó en la legalidad ó en la necesidad de la sentencia de Luis XVI. El espíritu moderno ha hecho hoy ya su residencia de moral política y ha reconocido definitivamente que la supresion violenta de un adversario, aun cuando aquella se disfrace bajo las apariencias de la legalidad, es á la vez un crimen y una falta.

Y esta falta fue un crimen de tal naturaleza, que no pudo detenerse en los límites que tiene ordinariamente; fue una falta tan grave, que las consecuencias pesan sobre la democracia.

Sí la libertad no pudo sentarse ni calmarse sino bajo el despotismo militar, si la Francia trocó los reflejos de la igualdad por las ilusiones de la gloria, este fue el crimen de aquellos hombres que al dar los primeros pasos por el camino de la revolucion, hicieron que esta se ensangrentase. Ellos pusieron de

manifiesto todo cuanto ocultaba la nacion en la carrera de la civilizacion moderna de instintos groseros y malévolos, de ineptitud para la libertad, de ignorancia y de pasiones brutales; hiciéronse adoradores del mal, y cortesanos de venganzas innobles; calumniaron á la libertad, y merced á ellos y quizá solo á ellos, aquella forma de gobierno, que quisieron identificar á la fuerza con la misma libertad, es decir, la República, ha seguido siendo imposible en Francia hasta el dia.

Es casi inútil añadir aquí, que despues de haber trascurrido sesenta años, despues de lo que la historia le ha enseñado, el que refiere este proceso no siente hácia la víctima ni hácia los que se intitularon sus jueces, ni un celo esclusivo, ni un honor sistemático. La pasion política no es ya de moda en narraciones de esta especie, y si hoy evocamos todos aquellos nombres en cuyo alrededor se agitaban no ha mucho tantas recriminaciones violentas, ya no es, como entonces, para designarlos como objetos de admiracion y de desprecio. La mayor parte de los actores de aquel drama sangriento han desaparecido de la escena y no son justiciables sino ante el tribunal de la historia. Hacer la lista de ellos no es ya abrir tablas de proscripcion ni aun despertar odios que hoy están enteramente apagados. La parte que cabe á los hombres en estos grandes acontecimientos es mas pequeña de lo que se cree, y si se saca alguna leccion de este relato imparcial, quizá sea la siguiente: la última palabra de muchas grandezas aparentes y de muchos crímenes detestables, está mas amenudo en la debilidad del hombre que en su fuerza.

Luis Augusto de Francia, duque de Berri, que reinó bajo el nombre de Luis XVI, era hijo tercero del delfin Luis de Francia, hijo este último de Luis XV y de María Leczinska.

De los otros siete hijos del segundo matrimonio del hijo de Luis XV con la princesa María Josefa de Sajonia, tres murieron de corta edad; el cuarto, Luis Estanislao Javier de Francia, conde de Provenza, reinó bajo el nombre de Luis XVIII; el quinto, Carlos